

La dimensión económica de la crisis del golfo Pérsico

Francesc GRANELL
Catedrático de Organización Económica Internacional y Director en la Comisión de las Comunidades Europeas, Bruselas.
Profesor de la Fundació CIDOB.

Los antecedentes

Cuando el Coronel Drake descubrió petróleo en Titusville, en Pennsylvania, en 1859, no podía imaginarse que aquel líquido se convertiría con los años en un producto altamente estratégico y determinante de las relaciones económicas y políticas internacionales, como de hecho ha sido, especialmente después de que Churchill decidiera que los buques de la Royal Navy se pasaran del carbón al fuel ya antes de la primera Guerra Mundial y de que la industria del automóvil hiciera que nuestro mundo de hoy sea incomprensible sin gasolinas y gasoil.

El petróleo fue, empero, un producto que no produjo excesivos quebraderos de cabeza a quienes precisaron de él —salvo los períodos de Guerra Mundial— hasta que los países árabes empezaran con sus nacionalizaciones (Mussadek, la Anglo Iranian Co.; Kassem, la Irak Petroleum Co., etc.). Las grandes empresas multinacionales petroleras asociadas desde el período de entreguerras por el acuerdo de Achnacarry consiguieron, por su parte, mantener el precio del petróleo relativamente estable —en términos de dólares constantes— incluso en períodos de tensión.

Tal estabilidad llegó a convertirse en absurda, pues ni los países productores obtenían rentas suficientes de las materias primas de las que disponían, ni los precios excesivamente bajos del petróleo hacían atractivas las otras fuentes energéticas (con desplazamiento progresivo, por ejemplo, del carbón) ni las compañías estaban motivadas para investigar a la luz de tales precios poco remuneradores.

La situación sólo empezaría a cambiar a finales de los años sesenta —tras el cierre en 1967 del Canal de Suez por la guerra egipcio-israelí— y las nacionalizaciones de Argelia, Irak, Irán y Libia durante 1971-72 así como los acuerdos de las conferencias de Caracas de 1970 y Nueva York de 1972, en que los países petroleros que habían fundado —por iniciativa de Irak, en 1960— la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), empiezan a mostrar su fuerza negociadora frente a consumidores y frente a multinacionales petroleras.¹

Pero la auténtica revolución petrolera empezaría cuando Noruega abrió los ojos de los países de la OPEP al limitar a una función técnica a las grandes petroleras llamadas a explotar su recién descubierto petróleo del Mar del Norte (diciembre de 1972) y culmi-

1. La OPEP se creó el 14 de septiembre de 1960 con cinco miembros: Arabia Saudita, Irán, Irak, Kuwait y Venezuela. El resto de miembros entró en ella entre 1961 y 1973: Qatar, Indonesia, Libia, Abu-Dabi, Argelia, Nigeria, Ecuador y Gabón.

naría el 16 de octubre de 1973 cuando, tras la Guerra de Yom Kippur, los países productores reunidos en Kuwait decidían ser ellos los que establecieran las cantidades y la fiscalidad a exigir a las multinacionales petroleras.

La primera crisis petrolera se puso así en marcha haciendo que los precios del oro negro se cuadruplicaran en unos pocos meses.

Desde aquellos momentos en que hubo verdadero pánico sobre la continuidad de los aprovisionamientos energéticos y en que los países de la OCDE creaban la Agencia Internacional de la Energía (AIE) como auténtica anti-OPEP,² el petróleo ha tenido una influencia clarísima en la marcha de la economía internacional. Hay que recordar, en efecto, que tanto las tensiones inflacionarias y los menores crecimientos de finales de los años setenta y principios de los ochenta (sobre todo tras la segunda crisis del petróleo derivada de la llegada de Jomeini al poder en Irán en 1979 y la guerra Irán-Irak de 1980), como los grandes desequilibrios de balanzas de pagos conducentes a un amplio reciclaje de petrodólares en todo el período y la crisis de la deuda —desde 1982— se han achacado en gran parte a las tensiones petroleras.

Es seguro que ello sólo es verdad en parte, pero no hay duda de que el petróleo ha sido y está siendo un factor de inestabilidad y conflicto mayor que cualquier otra materia prima de las de mayor peso en el comercio internacional.

Las circunstancias económicas de 1990

Es quizás por esto que, cuando el 2 de agosto de 1990 las tropas iraquíes invadían Kuwait y el 6 de agosto las Naciones Unidas decidían el embargo de las transacciones con estos dos países, se generaba una escalada de temor que llevaba el precio del barril de petróleo desde los 20,45 dólares del 1 de agosto hasta los 40,65 dólares el 9 de octubre.

Desde entonces, y a pesar de los presagios de guerra por las posiciones políticas intransigentes frente a las resoluciones de las Naciones Unidas, el precio del petróleo ha caído hasta situarse en una banda de flotación alrededor de los 25 dólares el barril (ver gráficos).

Esta situación de precios no ha venido nunca acompañada del pánico de las anteriores crisis del petróleo en razón, probablemente, de la situación de optimismo

que viene destilando la opinión pública económica internacional desde principios de los noventa como consecuencia del mejor entendimiento Este-Oeste —tras la caída del telón de acero—, el menor impacto psicológico y real de la crisis de la deuda de los países pobres y de otra serie de factores bien conocidos.

Analizando las cosas con la frialdad que han hecho difícil la guerra psicológica y mediática y las muchas hipocresías que han caracterizado la posición de los principales líderes políticos, resulta que, en realidad, lo único que la invasión y el embargo han significado es la retirada del mercado petrolero mundial de los 4,3 millones de barriles/día que antes suministraban —sobre una demanda mundial de 53,2 millones y unas exportaciones de la OPEP de 31 millones— Irak y Kuwait.

Teniendo en cuenta que el 27 de septiembre los Estados Unidos decidieron poner a la venta parte de sus reservas estratégicas si ello era preciso, que los stocks detectados por las grandes transnacionales petroleras estaban a sus máximos, que otros países productores de petróleo han aumentado sus producciones para compensar los efectos del embargo y que tanto la Agencia Internacional de la Energía como los grandes países consumidores han puesto de relieve que la situación de los aprovisionamientos era muy normal —a pesar de que el frío invierno de 1990 ha hecho falsas las predicciones de un efecto invernadero permanente como consecuencia de los problemas con la capa de ozono—, no había motivo suficiente para que los precios siguieran disparándose hasta más allá de lo que lo han hecho.

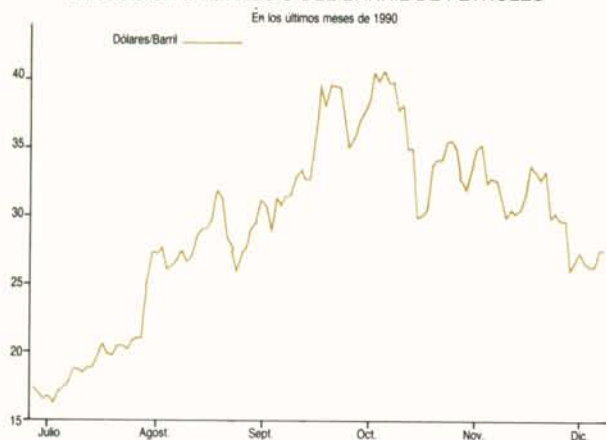
Claro está que el efecto matemático no basta para analizar el impacto de las cuestiones económicas pues, aunque los estudios de los organismos económicos internacionales ponen de manifiesto que, con un barril a 29 dólares, el crecimiento del PIB de los países industriales sólo se frenará en un 0,2 % (respecto al 2,7 % que se esperaba a mediados de año) y que la inflación sólo se verá espoleada en 0,3 puntos respecto al 4,2 % antes esperado, no es menos cierto que el impacto sobre las perspectivas empresariales y bursátiles ha sido, en algunos casos, mucho mayor. Ha generado movimientos de freno de la inversión y de liquidación de títulos que han tenido también que ver con los aumentos de los tipos de interés practicados por ciertos gobiernos para evitar la inflación, asociándose así con el auténtico impacto de la crisis del petróleo (ver cuadro).

Por otra parte resulta evidente que el impacto no ha sido el mismo, ni puede serlo, para todos los países y para todos los sectores.

Si la economía mundial —como un todo— es hoy menos vulnerable que antes a los vaivenes del precio del petróleo, como consecuencia de la reconversión energética que se ha operado y del contragolpe petrole-

2. El proyecto de creación de la AIE se formuló en la conferencia energética de Washington de febrero de 1974 y se concretó en la conferencia de París de noviembre de 1974.

EVOLUCION DEL PRECIO DEL BARRIL DE PETROLEO



ro registrado tras el cese el fuego Irán-Irak de noviembre de 1988 —que hizo caer el precio del barril hasta los 15 dólares (desde los 38,8 dólares caros de 1980)—, no es menos cierto que una serie de países en desarrollo, fuertemente endeudados y no productores de petróleo, van a experimentar renovadas dificultades económicas que en algunos casos se ven agravadas por la pérdida de ayudas de los fondos árabes de solidaridad.

Los países más directamente afectados por el embargo reciben ayudas de los Estados Unidos y de la Comunidad Europea (Egipto, Jordania, Turquía, Siria, Marruecos, etc.), al tiempo que los países productores y exportadores de petróleo reciben un impacto positivo que es especialmente esperanzador para afianzar procesos de mejora económica: casos de México, Venezuela, Malasia, Nigeria y otros.

Las perspectivas de futuro

El análisis no puede, sin embargo, quedar aquí. Si sabemos que la primera crisis del petróleo de 1973 llevó el precio del barril de petróleo de 1,9 a 10,4

CRECIMIENTO ECONOMICO
(Tasa de crecimiento del PIB)

	Previsiones antes de la crisis		Previsiones con el barril a 29 \$		Previsiones con el barril a 32 \$	
	1990	1991	1990	1991	1990	1991
Países industriales	2,7	2,9	2,5	2,6	2,3	2,3
EE.UU.	1,7	2,3	1,5	2,0	1,3	1,7
Japón	4,4	4,2	4,2	3,9	4,0	3,6
R.F.A.	3,5	2,7	3,2	2,5	2,9	2,1
Otros países industriales	2,4	2,8	2,2	2,5	2,0	2,2

INFLACION
(precios al consumo)

Países industriales	4,2	3,6	4,5	4,1	4,8	4,6
EE.UU.	4,6	4,2	4,9	4,7	5,2	5,2
Japón	2,3	1,3	2,6	1,8	2,9	2,3
R.F.A.	2,9	3,0	3,2	3,5	3,5	4,0
Otros países industriales	5,3	4,6	5,7	5,2	6,2	5,8

DEFICIT (-) O SUPERAVIT (+) EXTERIOR
(saldo de la balanza de pagos por cuenta corriente, en porcentaje del PIB)

Países industriales	-0,5	-0,4	-0,6	-0,6	-0,7	-0,8
EE.UU.	-0,2	-2,2	-2,1	-2,4	-2,2	-2,6
Japón	+2,1	+2,4	+2,0	+2,1	+1,9	+1,8
R.F.A.	+4,4	+4,5	+4,3	+4,2	+4,2	+3,9
Otros países industriales	-1,1	-1,1	-1,1	-1,2	-1,2	-1,3

Fuente: Fondo Monetario Internacional

dólares y que la segunda, en 1979-80, lo llevó de 12,7 a 38,8 dólares, no podemos decir aún en cuánto quedará el precio del barril una vez acabe el conflicto de Kuwait, con guerra o sin ella.

Si se llegara a la guerra y teniendo en cuenta que el Golfo supone dos terceras partes de las reservas mundiales de crudo, con la particularidad de ser además de los más fáciles de explotar (entre 3 y 4 dólares por barril de coste mientras en otras partes del mundo cuesta 25 dólares), las repercusiones podrían llegar a ser graves pues se podrían perder unos 10 millones de barriles-día, lo cual podría llevar el precio del petróleo hasta más allá de los 50 dólares el barril y a una situación de desabastecimiento.

Si, por el contrario, se sale de la crisis por una guerra rápida en la que no haya destrucciones importantes de centros petrolíferos, o se llega a una solución pacífica de la crisis del Medio Oriente, habrá una sobreproducción de petróleo derivada del hecho de que Arabia Saudita, Venezuela y otros países productores, que han hecho esfuerzos para compensar las pérdidas de suministro de Irak y Kuwait, van a resistirse a reducir su producción a los niveles-cuota asignados por la reunión de la OPEP justo anterior a la invasión del Emirato por el Ejército

de Saddam Hussein.

En 1991 la demanda media diaria va a estar situada, en la hipótesis de paz, en 51,9 millones de barriles de los que 22,8 millones procederán de países de la OPEP.

Como la producción es ahora —con el esfuerzo adicional de ciertos países productores— de 23,4 millones de barriles, se estará en una fase de sobreabundancia de petróleo que aún se verá más agravada si Irak y Kuwait vuelven a ver entrar en actividad normal sus pozos y las redes internacionales de distribución y refinado que la Kuwait Investment Overseas tiene por el mundo.

La OPEP acaba de llamar la atención precisamente sobre el hecho de que la crisis de petróleo de 1990 puede desincentivar —si se acaba sin destrucciones— los procesos de inversión en nuevas energías o de prospección de nuevos yacimientos de petróleo.

La tercera crisis del petróleo no está ni mucho menos cerrada, pero acabe como acabe, no creo que nadie se atreva a decir que el nuevo orden económico mundial con que encaramos el final de siglo pueda ser consecuencia del impacto económico derivado de la crisis del golfo Pérsico.

El impacto de la «reaganeconomics» —aunque sólo parcialmente asumida por Bush—, del thatcherismo —aunque sólo asumido a medias por J. Major—, de la *perestroika* —que ha proporcionado el Premio Nobel a Gorbachov—, de la unificación alemana y el relanzamiento de la integración europea hacia la Unión Económica, Monetaria y Política, y, por qué no decirlo, los desequilibrios de demografía y riqueza Norte-Sur siempre existentes, son, todos ellos, elementos mucho más significativos para la economía mundial que lo que pueda ser la situación de los países del Golfo afectados (que solamente representan el 1 % del Producto Mundial Bruto) o lo que pueda suponer un producto como el petróleo. Las importaciones netas de éste último sólo equivalen al 1,1 % del Producto Interior Bruto de los países desarrollados a precios de 1989, y al 2 % a precios de crisis actual. Están a mucha distancia, por lo tanto, del 3,5 % para Europa, o del 4,3 % para Japón, como llegó a suponer en 1974, o el 3,9 % y 5,5 % respectivamente que les llegó a suponer a tales países en 1981, después de que Irak e Irán hubieran entrado en guerra en septiembre de 1980.

Lo que sí, sin duda, dejará para el futuro la tercera crisis del petróleo será una nueva estela de incentivos en favor de nuevas prospecciones y búsqueda de hidrocarburos (licitaciones de Nigeria de nuevas explotaciones el 8 de octubre), códigos de hidrocarburos más favorecedores de las empresas que asuman el actuar en ciertos países (nuevo Código promulgado por Marruecos) y nuevas investigaciones en favor de energías alternativas para hacer disminuir la dependencia energética del petróleo (proyecto israelí de transformar la energía solar en gas convertible en calor).

Todo ello influirá en que el diseño energético mundial reciba nuevos impactos como ya ocurriera con las dos anteriores crisis del petróleo.

La crisis del Golfo y el menor crecimiento económico

No querría acabar estas líneas sin poner de relieve que la crisis del golfo ha llegado en unos momentos en que la economía mundial había entrado en una fase de aterrizaje suave después de una serie de años de crecimiento sostenido.

Esta coincidencia no debe llevarnos, sin embargo, a achacar a la crisis del petróleo una serie de males de los que no es responsable.

Ya se vio, de acuerdo con las estimaciones del Fondo Monetario Internacional, que el alza de los precios del petróleo tiene un impacto matemático sobre crecimiento, inflación y cuentas exteriores de los países. Se comprobó también, que ha generado impactos psicológicos y reales que han incidido sobre la Bolsa y sobre los equilibrios de los mercados de divisas.

La evaluación de todos estos impactos no corresponde, sin embargo, al análisis de la crisis del petróleo sino, más bien, al seguimiento de la evolución lógica de la economía mundial de acuerdo con las previsiones de aterrizaje económico suave que los técnicos de la OCDE, la Comunidad Europea y el FMI venían dando desde hace tiempo y que fueron objeto de atención en muchas reuniones internacionales a la invasión de Kuwait por Irak.

En cuestiones de análisis económico hay que intentar poner las cosas en su verdadero sitio.